

Sergio Hernández Roura, *Edgar Allan Poe y la literatura fantástica mexicana (1859-1922)*, Bonilla Artigas Editores, Ciudad de México, 2020. ISBN 978-607-8636-60-0.

Numerosos estudios se han realizado en torno a la figura de Edgar Allan Poe, estudios que con sus múltiples perspectivas, enfoques o grados de profundidad no agotan las posibilidades de abordaje de su obra. El impacto que esta escritura, cobijada por una singularidad narrativa y una poética personalísima, basada fundamentalmente en una lectura siniestra y perversa del contexto que le tocó vivir, lo convierten en un escritor que hace de su vida —y con su vida— una obra literaria seductora, controversial y sugestiva. Allan Poe deja de secundar el mundo para crear un avatar del mismo desde su complejo universo fantástico, extraño e insólito, para mirar el revés de la sociedad, la moral, el amor, la muerte. Pero, ¿cómo se leyó y se percibió fuera de su entorno natal a finales del siglo XIX y principios del XX? ¿Cuál fue su impacto, su recepción en países como México, al que llegó su obra como un polizón en medio de un realismo apabullante y un pensamiento positivista que privilegiaba la razón, el orden y un supuesto progreso? ¿Se ocuparon realmente del trabajo escritural, de su discurso, de las posibilidades que brindan los géneros no miméticos? O, por el contrario ¿se abocaron, según el espíritu de la época, a estudiar al autor en su sentido biográfico más exterior: influencias lite-

rarias, enfermedades, trastornos de la psiquis, vicios, pasiones y odios? Para saberlo es preciso leer este interesante y acucioso trabajo de investigación de Sergio Hernández Roura, quien nos ofrece un recorrido a través de la recepción de la obra de Poe en la República mexicana, y cómo ello derivó en el fortalecimiento de la literatura fantástica en el país, modo literario considerado ajeno a la sensibilidad de sus habitantes.

Este libro es una sustancial aportación al campo de los estudios de la recepción literaria, no solo por la recuperación del material biblioheterográfico, sino porque toda la información recolectada se pone en diálogo con la época a partir de tres tipos de textos: «1) las traducciones que hicieron de E. A. Poe; 2) Los textos críticos que dan cuenta de la manera en la que fue recibida su obra; 3) los textos de creación de carácter fantástico en los que es evidente su asimilación» (19). El volumen se compone de una breve introducción donde se especifica la importancia del estudio seguido de cuatro apartados y las conclusiones, así como de tres apéndices muy valiosos para el crítico o lector apasionado de la obra del estadounidense, seguido de la bibliografía citada. En esta reseña nos ocuparemos solo del cuerpo principal del trabajo, no sin antes señalar que los apéndices dan cuenta de

una labor erudita de búsqueda de referencias en torno a las traducciones de los cuentos al español de Poe.

El primer apartado se titula «El cuento fantástico mexicano». En él, Hernández Roura parte de la premisa de que este género está estrechamente ligado a la modernidad y a «los cambios en el concepto de la realidad fundamentales para entender las transformaciones de la literatura fantástica» (23). Cambios que se vienen desarrollando desde el siglo XIX a nivel político y social bajo el pensamiento positivista, pero también en el estético; por ello, cuando los escritores se acercan a la literatura fantástica «la dicotomía liberal romántico y conservador neoclásico no funciona» (33) porque los seduce de igual manera. Esta sección explicita la forma en que se aproximaron a este género desde las modalidades de lo gótico o la tradición de las leyendas, favorecidas por un Romanticismo mexicano que intentó recuperar el imaginario folclórico del país para impregnar de cierta originalidad los temas recurrentes de la época: pactos con el demonio, brujas, fantasmas y aparecidos. Destaca a Guillermo Prieto, Justo Sierra, Vicente Riva Palacio, José Bernardo Couto Pérez, Manuel Payno, como los primeros autores que integraron el terror y el miedo a lo sobrenatural a sus textos.

En el segundo se estudia «Las traducciones de Edgar Allan Poe». El lector podrá observar, a través de la investigación minuciosa de Hernández, los pocos libros traducidos en el país debido a la oferta de ediciones francesas o españolas, así como algunas latinoamericanas. Muchas de ellas,

por supuesto, mediatizadas, ya fuera por otro idioma o por la tendencia política del traductor. Fue la poesía, en mayor medida, la única que se tradujo directamente del inglés sin pasar por otras intermediaciones. Así, la recepción literaria de Poe casi siempre estuvo viciada o comprometida desde sus inicios, ensombrecida por la neblina social, cultural o política de la época, desvirtuando el verdadero carácter de su escritura singular, limitando su dialogismo como principio de toda literatura, su intersubjetividad. Por su parte, la prensa periódica contribuirá a la deformación o la valorización de su trabajo, siendo la primera en dar a conocer a un público mayor la vida y obra de Poe, resaltando su lado más oscuro y perturbador, mórbido en algunos casos. De esta manera, «las alteraciones de las obras originales responden al intento de adaptar los textos al gusto de la época principalmente con la finalidad de enfatizar una moralidad que no está presente en el original» (57). Cabe destacar la parte dedicada al rescate de las traducciones de textos apócrifos aparecidos en distintos periódicos que, aunque guardan semejanzas con la pluma de Poe, evidencian sus fallidas aproximaciones.

El apartado tercero, «La crítica de Edgar Allan Poe», no solo muestra cómo esta recibió el trabajo del cuentista estadounidense, sino a su vez cómo refrescó y confrontó la construcción de un nacionalismo literario alienado a lo político que estandarizó la creación en distintas áreas de la cultura imponiéndoles ciertas tendencias estéticas. Una interesante lectura del

contexto por parte investigador, quien va entretejiendo el panorama social e ideológico del momento de frente a la llegada de Poe. Así, descubriremos que el periodo del Porfiriato, en su afán de imponer su ideal estético, su moral, su concepto de realidad construido con base en el positivismo, fomentó las pugnas artísticas y éticas que se desataron en torno a un plan de homogeneización cultural. Plan que impulsaba el realismo convirtiéndolo en la manera hegemónica de representar a la sociedad, oponiéndolo directamente con el Naturalismo y el Modernismo que, «en cierta medida violentaba algunos principios fundamentales de la estética realista: pesimistas ambos, uno extremando el realismo y otro por medio de la exacerbación de lo individual y el culto a la forma y la imaginación» (77). Bajo ese panorama, Poe se sitúa en el centro de algunas discusiones polarizadas: su obra es elogiada por algunos, y él visto como un héroe decadente; o denostada por otros que no dejarán de observar en ella síntomas de degradación moral, social y política cuyos resultados desembocan en historias generadas por la locura. Sin duda, este es uno de los pasajes más estimulantes del volumen, y muestra, además, el impacto de los textos de Poe en los grupos intelectuales y culturales de México, entre los que destaca el Ateneo de la Juventud conformado por figuras literarias de la talla de Alfonso Reyes o Julio Torri.

Finalmente llegamos a la «Influencia de Poe en México». En esta parte el lector observará de qué manera los mexicanos absorbieron la poética del cuento de Allan

Poe, estudiando las singularidades de lo fantástico y la versatilidad del género para adaptarse a los contextos donde se usa como mediación de la realidad pactada. Recorre las diferentes categorías o modulaciones de este: lo fantástico legendario, el gótico, el esotérico, la ficción científica fantástica y su impacto en los escritores del país. Anuncia, a su vez, las nuevas combinatorias discursivas con lo insólito que, ya entrado el siglo veinte, serán componentes fundamentales del cuento posmoderno mexicano: el humor, lo onírico y lo metaliterario, enunciando que uno de los primeros en esbozarlos fue el escritor y poeta Amado Nervo.

Al terminar de leer esta investigación puntual y asertiva reconoceremos que Poe ofreció a la literatura mexicana una perspectiva renovada de representación de lo real por medio de la normalización de lo fantástico, revitalizó la búsqueda de identidad nacional de un pueblo escindido tras la Revolución bajo las ópticas de lo insólito, y enriqueció las posturas estéticas de las vanguardias. Gracias a esta influencia polarizada en el medio cultural, «salta a la vista la diversidad de formas y estilos en los que este autor se hace presente, lo que demuestra que no hubo una única manera de entenderlo. Una evidencia aplastante que refuta la concepción de influencia como un fenómeno pasivo y estéril, solo de copia» (181).

CECILIA EUDAVE

Universidad de Guadalajara (México)
eudave850@hotmail.com

